

costumbres.» Los incrédulos califican de insensato al dogma cristiano: la palabra es dura, pero es verdadera. ¿Qué se diría de unos hombres ocupados exclusivamente en una felicidad imaginaria, y que desatienden por este porvenir que no ha de realizarse nunca, porque es irrealizable, sus intereses actuales y hasta sus deberes? Esto es, sin embargo, lo que hacen los cristianos, cuando toman en serio su religion. ¿No es esto una locura? (1).

Como se ve, lo que principalmente choca á los libres pensadores en la moral cristiana, es que separa á los hombres de la sociedad para que Dios los ha creado. No quieren ya el cristianismo, porque es una religion del otro mundo, y los hombres destinados á vivir en la tierra necesitan una regla apropiada á su condicion. Por su parte los cristianos echan en cara á los incrédulos que no tienen en cuenta lo infinito en la existencia del hombre, y que no consideran más que la vida presente, como si con ella concluyese todo. Hay algo de error, pero hay tambien parte de verdad, tanto en la doctrina de los filósofos como en la creencia de los cristianos. Los filósofos se equivocaban al aprisionar al hombre en este mundo y al rechazar toda religion, como si toda religion separase al hombre de la vida real. Los cristianos se equivocaban al separar la vida actual de la vida futura, como si mediase un abismo entre ambas existencias, siendo así que en realidad se confunden, puesto que la una no es más que la continuacion de la otra. Poniéndose en este punto de vista, es posible conciliar el cristianismo y la filosofia. La vida presente no pone término á nuestros destinos; esta es la creencia del dogma cristiano; los filósofos la rechazan, porque la religion, dando una falsa idea de la vida futura, falsea tambien la vida presente. Pero si se admite que la vida futura y la vida presente no son mas que fases de una sola y misma existencia, los filósofos no tendrán ya objecion que presentar contra la inmortalidad del alma. En efecto, la religion dejará de ser una religion del otro mundo; la salvacion se alcanzará cumpliendo los deberes que Dios nos impone en esta vida; la moral dejará de ser una especulacion, porque los hombres no buscarán ya como término de su destino la felicidad, sino el desenvolvimiento de las facultades

(1) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 300-301.

tades de que Dios los ha dotado. Este es el único medio de acabar con la incredulidad y de conservar la religion.

§ V. — Los apologistas de la religion y los libres pensadores.

I.

Un celoso protestante que escribia la historia de la incredulidad en la segunda mitad del siglo XVIII, dice que los ataques de los incrédulos han producido un gran bien; casi se felicita por ellos. ¿Cuál es ese bien tan grande? Que los defensores de la ortodoxia dieron á luz refutaciones tan sólidas, tan perentorias de la doctrina de los libres pensadores, demostraron tan bien su debilidad, que la religion cristiana recibió nueva fuerza y nuevo esplendor (1). ¡Qué ilusion tan poderosa la de los creyentes! La fe transporta las montañas, se dice. Es verdad; pero en sueños. En realidad las montañas se quedan donde estaban. La posteridad ha emitido muy diferente opinion acerca de los escritos de los apologistas. Apenas se digna nombrarlos la historia; sus nombres no son conocidos más que de unos pocos sabios; aún los que siguen siendo cristianos confiesan que ninguno de los defensores del cristianismo tuvo talla para luchar con los incrédulos. Donde hay una gran causa que sostener, nunca faltan hombres; si faltaron en el siglo pasado, es porque el cristianismo tradicional estaba en plena decadencia. Los apologistas que entraron en liza contra la incredulidad, lejos de fortificar la fe, destruyeron su autoridad; bastaría con sus apologías para comprender que la causa cuya defensa tomaban á su cargo no podía salir triunfante. Nada más natural. Los libres pensadores atacaban á la religion por medio de la razon. ¿Qué podían hacer los apologistas? ¿apelar á la razon contra la razon misma? Este medio estaba ya usado y era peligroso. Es obligar á la razon á creer, haciendo ver que por sí sola va á parar al escepticismo. Pero ¿qué importaba esto á los incrédulos? La duda

(1) LESS, *Neueste Geschichte des Unglaubens* (en WALCH, *Neueste Religions-Geschichte*, t. III, p. 375).

no les asustaba. Méenos aún podían los apologistas declarar la guerra á la razon en nombre de la fe; la fe habia perdido su crédito, y cuando está desacreditada, es en vano intentar restaurarla.

Esto prueba que no se defiende una religion por medio de apologistas. Nunca ha faltado la duda en el seno del cristianismo; hasta algunos santos fueron atormentados por ella. ¿Cómo se libraban de ella? Por medio de la fe, porque la fe era todavía la más fuerte. Tenemos un curioso testimonio de esta lucha en una carta de San Francisco de Sales; escribe á madame de Chantal, que tenía algunos escrúpulos: «Las tentaciones de la fe van directamente al entendimiento, para atraerle á disputar, á soñar y á pensar en lo mismo. ¿Sabeis lo que habeis de hacer mientras el enemigo se entretenga en tratar de escalar la inteligencia? Pues convendrá que os deis cincuenta ó sesenta azotes, ó treinta, segun la disposicion en que os encontreis. Esta receta ha probado muy bien á un alma que yo conozco. Consiste, sin duda, en que el sentimiento exterior distrae el mal interior y provoca la misericordia de Dios. Además de que el malo (el diablo), viendo que se azota á su compañera y aliada, la carne, teme y huye.» Sobre todo, añade San Francisco, es preciso cuidar de no razonar: «En lugar de disputar con el enemigo por medio de razonamientos, dadle una buena carga:—¡Ah, traidor! ¡ah desdichado! ¡Tú has abandonado la Iglesia de los ángeles, y quieres que yo deje la de los santos! ¡Desleal, infiel, pérfido, tú presentaste á la primera mujer la fruta de perdicion, y ahora quieres que yo tambien participe de ella! ¡Atras, Satanás! No, yo no disputaré ni discutiré. ¡Eva quiso disputar y se perdió! Eva fué seducida. ¡Viva Jesus, en quien creo! ¡Viva la Iglesia, á cuyas opiniones me someto!» (1).

Hé aquí el lenguaje de la fe; nos hace sonreir, porque nosotros no tenemos ya fe. En el fondo, San Francisco de Sales está en lo cierto, por ridículo que parezca su remedio contra la duda. Los neo-católicos pretenden que su religion no es hostil á la razon. ¡Hipocresía ó ignorancia! La Iglesia quisiera parlamentar con el enemigo, ahora que la fe está ya destruida y que la razon ha quedado victoriosa. Vanos esfuerzos. San Francisco, que tenía fe, que

(1) *Cartas de FRANCISCO DE SALES*, t. I, p. 335, 336.

vivia en un siglo en que la fe estaba viva, no guardaba estos miramientos. Opinaba que era necesario hacer callar á la razon; la razon y el malo á sus ojos son una misma cosa y tienen por cómplice á la carne; es preciso hacer ruda guerra á todos esos adversarios de la fe, si queremos salvarnos. El medio era heroico, pero iba dirigido únicamente á los que tenían fe. A pesar de los azotes, la fe se perdió. ¿Cómo reanimarla? No es posible resucitar á los muertos. En el siglo XVII se recurrió á las apologías. Huet, el sabio obispo de Avranches, escribió su *Demostracion evangélica* «para confundir á los que trataban de destruir el nombre de Dios, de Cristo y de la religion.» Confiesa en su prefacio que la impiedad aumenta de dia en dia; ha tomado la pluma para consolidar *por medio de la razon* la doctrina de Cristo, que muchos desechan *sin motivo ni razon*. Despues de esto el docto apologista reconoce que si falta la gracia de Dios, toda argumentacion es inútil para dar la fe (1). Nada más cierto; pero, si es así, ¿á qué escribir un *in folio para consolidar la fe por medio de la razon?* ¿Era tal vez por hacer alarde de buen deseo? Este buen deseo, léjos de favorecer á la fe, la perjudica. ¿Por qué la razon es impotente para dar la fe ó para salvarla? Porque la fe es contraria á la razon, y la razon es enemiga natural de la fe. Llamar á la razon en auxilio de la fe, es como llamar á Satanás en auxilio de Cristo. El *traidor*, el *pérfido*, como le llama muy bien San Francisco de Sales, razonará tan bien que, si queda un poco de fe, desaparecerá.

Basta hojear la *Demostracion evangélica* de Huet para convenirse de que éste es el efecto que debia producir en los que estaban dispuestos á dudar, que es á quien va destinada. Huet quiere probar el eclipse milagroso del sol á la muerte de Jesucristo; hé aquí efectivamente un testimonio á propósito para impresionar, aunque sea á un incrédulo, si se presentase con prueba suficiente. Pero ¿qué testigos presenta el sabio apologista? Josefo, el historiador judío (2). Desgraciadamente resulta que el pasaje ha sido forjado por el piadoso celo de los cristianos. ¡De modo que se alega una *falsedad* para fundar la revelacion! ¡Imprudentes apologistas!

(1) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 5.

(2) IDEM, *ibid.*, p. 30, núm. 9, p. 32-39, núms. 11-18.

¡Comprometen, pierden la causa por que combaten! Pero ¡paz á sus cenizas! No es culpa suya, sino culpa de la causa cuya defensa toman. La religion revelada se funda únicamente en ilusionés, y muchas veces se ha echado mano de la mentira y del fraude para dar crédito á los sueños de la fe. Con un poco de prudencia, se tendria cuidado de no tocar á este frágil edificio, ni áun para apuntalarlo; porque, en acercándose demasiado á él, se notan sus defectos.

Esto es lo que sucedió á los lectores del obispo de Avranches. El docto prelado debia tener una fé muy robusta, si ésta ha resistido á su *Demostracion*; en todo caso, no aconsejamos su lectura á los que deseen conservar su creencia. Hé aquí una ligera muestra suficiente para nuestro objeto. Uno de los fundamentos de la revelacion cristiana son los libros sagrados que Moisés escribió bajo la inspiracion del Espíritu Santo. Huet consagra gran parte de su *Demostracion* á probar la autenticidad de estos libros. Hé aquí una prueba que habia de volverse contra la revelacion, puesto que Moisés no es siquiera autor de los libros que se le atribuyen. Bastaria leer la apología del obispo de Avranches para quedar completamente convencido. Huet era teólogo y sabio en *us*. ¡Dos grandes cualidades para desatinar! Busca sus autoridades en todas partes, hasta en Homero. ¡El poeta griego invocado en favor de Moisés! ¡Esto es prodigioso! Efectivamente, esto es tan tonto como el milagro de la Saleta. Escuchad: ¡Homerò era egipcio! ¿No quereis creerlo? Pase. Al ménos creeréis que viajó por Egipto para instruirse en la sabiduría sacerdotal. Porque el divino poeta era un sabio, una especie de doctor por la Sorbona. Iniciado en los templos en la ciencia egipcia, no hay para qué decir que leyó allí los libros de Moisés; en efecto, todo el mundo sabe que los Egipcios eran muy aficionados á la Biblia. ¿Lo dudais? El obispo os abrumará con *demostraciones*, contra las cuales no hay nada que decir; cita centenares de versos de Homero tomados de la Sagrada Escritura (1). ¡Oh imbecilidad teológica! Cualquiera creeria que el docto apologista se está burlando de sus lectores y de la revelacion.

(1) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 52, núm. 3.

II.

En el siglo XVII los apologistas escribian en latín, prueba de que la incredulidad estaba concentrada todavia en el mundo ilustrado. Bien pronto invadió todas las clases de la sociedad. Esto, segun los defensores de la religion, es culpa de Voltaire y de Rousseau. Permítasenos dudar de esta culpabilidad. Tenemos á nuestro favor la autoridad de un abate académico que escribió en la primera mitad del siglo XVIII tres volúmenes en 4.º en un lenguaje adornado y perfumado segun todas las reglas del arte académico (1). Rousseau no habia publicado un renglon y Voltaire no habia establecido aún en Ferney el cuartel general de la incredulidad. Lo cual no impedia la abundancia de incrédulos; abundaban ya ántes de que hubieran nacido Voltaire y Rousseau, hasta el punto de que la incredulidad se habia hecho de moda; lo cual en Francia es decisivo. Huet intentó en vano convertir á los literatos. El abate Houtteville no fué más afortunado dirigiéndose al vulgo de los lectores.

En su *Prefacio* el abate se queja de la *indiferencia* que reinaba entre los cristianos acerca de las doctrinas de la religion (2). De suerte que la indiferencia no data del siglo XIX, no es el fruto de la apestada filosofía del siglo XVIII. En nuestros días hemos oido á un sacerdote más elocuente que el abate Houtteville lanzar el mismo grito de angustia. ¿Qué es, pues, lo que corre peligro? Hay en la religion el dogma y la moral. El dogma estaba ya arruinado en el siglo XVII: basta con leer la *Demostracion* de Huet para adquirir este convencimiento. ¿Por qué no se creia ya en los misterios? Responderémos con esta otra pregunta: ¿por qué se ha creido en ellos durante siglos, sin necesidad de abates Houtteville para instruir á los fieles? Despues de todo, ¿qué importa que el dogma perezca, siempre que quede la moral? Oimos ya los clamores de la teología contra tan abominable suposicion; ¿puede

(1) *La Religion cristiana probada por los hechos*, por el abate HOUTTEVILLE, de la Academia francesa, 4 vol. in-4.º, París, 1740.

(2) El abate HOUTTEVILLE, *La Religion cristiana*, t. I, p. 7.

haber una moral sin dogma? Con permiso de los señores teólogos, tan hábiles defensores del cristianismo, en las Actas de los Apóstoles se lee que los primeros discípulos de Jesucristo no se distinguían en nada de los judíos, que frecuentaban el templo y practicaban la ley de Moisés; únicamente creían que había venido el Mesías, y por Mesías no entendían ciertamente el Hijo de Dios *omoiosios*. No tenían, pues, dogma, según los teólogos: ¿quiere decir esto que no tenían moral? Si nos remontamos más alto, encontraremos hombres que se llaman Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio: no tenían la fe; ¿carecían por esto de moral? Si Cristo y sus apóstoles, si los paganos mismos tenían moral, sin creer en el pecado original ni en la transubstanciación, ¿por qué los cristianos han de creer cosas incomprensibles para ser hombres de bien?

El abate Houtteville nos sale al encuentro y dice que nuestra doctrina es ese *monstruoso sistema de tolerancia* de que en su tiempo aún no se hacía público alarde, aún cuando se le practicaba: *No se exige de los hombres más que virtudes filosóficas, sin cuidarse de sus creencias* (1). El abate experimenta un santo horror hacia esas virtudes filosóficas que, en nuestra *monstruosa tolerancia*, admiramos en los grandes hombres de la antigüedad; por temor de incurrir en estos *pecados manifiestos*, adoptó una gran resolución, y se lanzó en el vicio, en la crápula. Pero conservó intacta la fe en medio de los lupanares; ¿cómo dudarlo, cuando escribió tres volúmenes en 4.º en defensa de la religión cristiana? El abate tenía todas las virtudes teológicas, ante todo la fe; la caridad no podía faltarle; durante veinte años fué abastecedor de un contratista general á quien suministraba mujeres: para cultivar el amor de Dios, y para no perder la esperanza de los bienes celestes, se hizo adicto del cardenal Dubois, que solía decir que desafiaba á todos los cardenales á que fuesen más ateos que él. En fin, para demostrar públicamente cuán necesaria es la fe para la salvación, escribió su Apología y la dedicó al cardenal d'Auvergne, al cual, dice Voltaire, no debían dedicarse más que libros impresos en Sodoma (2).

(1) El abate HOUTTEVILLE, *La Religión cristiana*, t. I, p. 8.

(2) VOLTAIRE, *Exámen importante de milord Bolingbroke*, c. XIV.—Carta de 28 de Noviembre de 1762, t. LI, p. 535.—Carta de Marzo de 1765 á madame du Deffand, t. LIII, p. 65.

Como se ve, el abate era digno de celebrar los milagros, ese fundamento incontrastable de la revelación. Los hechos que acabamos de recordar eran públicos en el último siglo, todo el mundo los conocía, y aquellos innobles representantes de la crápula se atrevían á tomar la defensa de la religión! A tal estado había llegado el cristianismo.

III.

El abate de Houtteville es contemporáneo de Montesquieu. Antes que el *Espíritu de las leyes*, Montesquieu había escrito las *Cartas persas*; en ellas hablaba de la Iglesia y de la religión en términos que no demuestran una fe muy viva: «El papa, dice, es un gran mago que hace creer al mundo que tres es igual á uno; que el pan que se come no es pan, que el vino que se bebe no es vino, y otras mil cosas por este estilo.» No tomaba muy en serio á este *antiguo mago*, porque añade: «El papa es un ídolo antiguo, ante el cual se quema incienso por costumbre» (1). ¡Pecados de la juventud! La gracia sin duda obró su conversión; en el *Espíritu de las leyes* habla de la religión cristiana con un profundo respeto, ¿qué digo? la adora como una institución divina. Tales son sus palabras en la *Defensa del Espíritu de las leyes*. Montesquieu puede, pues, ser citado entre los apologistas del cristianismo. Si no es necio como los abates y los obispos, es por lo ménos tan quimérico como ellos. Hace grandes frases sobre la benéfica influencia de la religión. ¿Quién no conoce aquella famosa frase: «el príncipe que ama la religión y la teme es un león que cede á la mano que le halaga y acaricia?» Felipe II, adúltero y asesino, es el reverso de la medalla; el reverso es la verdad, el anverso es la ficción. Montesquieu llega hasta atribuir al cristianismo la libertad política de que disfrutaban las naciones europeas: ¡y escribía en tiempo de Luis XV! Celebra el derecho de gentes introducido por el cristianismo entre las naciones civilizadas, y había visto el reinado de Luis XIV, del rey cristianísimo que hollaba todos los derechos y todos los deberes!

(1) MONTESQUIEU, *Cartas persas*, XXIV, XXIX.